

Cuaresma 4. Iluminados por Cristo

En los Evangelios encontramos varias curaciones de ciegos. Pero San Juan –conforme a lo que hace con otros milagros– relata la curación del ciego de nacimiento de un modo muy sintético y luego se dedica a profundizar la dimensión simbólica del milagro. Sobre el milagro en sí mismo, nos dice: “al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y escupió en tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)”. San Agustín explica el sentido de esta acción de Jesús: su saliva es una referencia a la Palabra y la tierra representa la condición humana, de modo que en el barro que Jesús aplica a los ojos del ciego podemos descubrir una referencia a la Encarnación. El agua de Siloé, por su parte, alude al bautismo: recibimos la luz de la Palabra hecha carne a través de este sacramento. De hecho, en la antigüedad, al bautismo se lo llamaba también “iluminación” y, probablemente, en la segunda lectura San Pablo esté recordando un himno bautismal cuando dice: “Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz” (Efesios 5,14).



La curación del ciego de El Greco (año 1567, *The Metropolitan Museum of Art*, Nueva York)

El relato posterior sobre el interrogatorio al cual es sometido el que había sido ciego por parte de las autoridades muestra cómo esa iluminación se manifiesta progresivamente en el ciego sanado, mientras que la ceguera espiritual de los

fariseos queda cada vez más expuesta.

Primero, los fariseos intentan negar lo que sucedió: seguramente éste no es el ciego de nacimiento sino otro que se le parece, pero el que había sido sanado insiste con valentía en su testimonio. Por eso llaman a los padres del ciego de nacimiento esperando que desmintiera la identidad de este hombre, pero, por el contrario, la confirman.

Fracasado el intento de negar el milagro, intentan descalificar a Jesús: hizo la curación en día sábado, por lo tanto, es un pecador. Pero el sanado rebate esta afirmación: ¿cómo

podría un pecador obrar semejante milagro? Los fariseos ensayan entonces otro argumento: “Éste no sabemos de dónde viene”. No se trata de un reconocimiento humilde de la propia ignorancia. Lo que quieren decir es: “si viniera de Dios, nosotros seguramente lo sabríamos”. Pero el sanado les responde: “Eso es lo extraño: que no sepan de dónde viene”, una manera irónica de volver el argumento de los fariseos contra ellos mismos: no son los sabios que dicen ser.

Al no poder negar el milagro ni desacreditar a Jesús, toda su ira se vuelca sobre el ciego sanado: “Naciste tú en pecado de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?” Afirman de ese modo el error que Jesús había rechazado al comienzo del relato, demostrando su ignorancia deliberada. Y expulsan al ciego sanado de la comunidad, en un gesto que no revela su autoridad sino su impotencia y desconcierto.



Pero Jesús lo encuentra: “¿Crees tú en el Hijo del hombre? Señor, ¿y quién es, para que crea en él? Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es. Creo, Señor. Y se postró ante él”. La iluminación culmina en el acto de fe en Jesús y de adoración a Él.

Nosotros también somos ciegos de nacimiento, incapaces por nuestras solas fuerzas para reconocer y aceptar el amor Dios y, por lo tanto, entender el sentido de nuestra vida y cómo debemos orientarla, y resistir las tinieblas del mundo que presiona tanto sobre nosotros (aquí ejemplificadas con la confabulación de los fariseos para silenciar el Evangelio).

El efecto del bautismo sobre nuestra vida es el de iluminarnos progresivamente para ver la realidad con los ojos y el corazón de Dios, con la sabiduría y los sentimientos de Cristo, como dice San Pablo, y poner al descubierto la ceguera del mundo que se opone al Evangelio. Algunos piensan que la fe nos aleja de la realidad, pero es todo lo contrario: cuanta más fe, más claridad en nuestra visión de la verdad, cuanta menos fe, más vulnerables a la mentira. Por eso es necesario no caer en la trampa del orgullo de creer que podemos “ver” por nuestra cuenta, y reconocer que solo nuestro Señor Jesucristo es la “Luz del mundo”.

P. Gustavo Irrazábal

